

# LITERATURA EROTICA

Sofía Carvajal Ríos

Me empezó a besar y sonó la canción que quería escuchar desde hace mucho tiempo, esa que no sé cómo se llama pero que me gusta tanto como suena, tal vez porque me da energía y tranquilidad al tiempo, o porque es de un grupo argentino.

Mientras sus labios estaban en los míos, yo pensaba en que ya eran las nueve de la noche, que me estaban esperando en mi casa, que ya llevaba todo el día por fuera, ¿qué hace en el apartamento de su supuesto amigo?, eso no es de señoritas.

En fin, como desde hace algún tiempo lo hago, me olvide de esos pensamientos e hice lo que quise, así que abrí los ojos y los volví a cerrar, me acerqué mucho más a él y lo besé más fuerte, más tierno, más como siempre y como nunca. Con la tranquilidad que produce la inteligencia y con las ganas y el deseo que sólo despliega el hacer lo prohibido, irte por el camino que siempre te advirtieron no seguir.

Ese sábado la ciudad olía a rumba y a crimen en la madrugada, la brisa tenía un frío extraño y la incertidumbre vagaba victoriosa por los andenes y calles de Cali.

Cada vez, el beso estaba mejor, no me quería separar y él tampoco, estábamos en ese punto exacto en el que el contacto de los labios se vuelve droga para el cuerpo, y te lleva vicio de siempre querer más, de no terminar nunca, de olvidarse del lugar en el que estás, del día que es, de lo que no podías hacer... jahh basural Te sientes grande y seguro.

Sus manos se empezaron a deslizar por mi espalda, me sostenía como si me le fuera a escapar, como si desde hace rato me hubiera estado espe-

rando, como si me fuera a disolver de la nada. Sus manos bajaron justo hasta mi valle de los romboides, ese lugar del que todos hablan, cuando pasó y mi blusa deja ver esos dos hoyitos al final, muy al final de la espalda y sólo él podía tocarlos, detenerse, con su suave y húmedo dedo, rotar por el área que tanto placer le producía y que a mí solo me significaba una marca genética más, pero que me gustaba como se veía.

Cada vez más juntos. Menos aire fresco, más sudor. Su olor, a páginas de libro de biblioteca personal, a bosque y a humo, de ese que circula por la ciudad, cada vez se me adhería más a la piel, como si un duende estuviera viajando de su cuerpo al mío y del mío al de él. Empezó a ser demasiado calor, y los olores, esos que sólo se expiden en determinados momentos, empezaron a rondar, esos que sólo él puede sentir de mí y yo de él.

Dejé de besarlo. Me miró con duda. Corrí con pasito corto, pero ágil hasta donde estaba el encendedor de la luz, y dejé la sala y todo el apartamento a oscuras. Sólo se entrometía la luz de la calle, que entraba por la ventana, y se pronunciaba por los círculos estampados en la cortina. Atrás los piojos-la banda- seguían sonando.

En un impulso de segundo, me quité la blusa con rapidez. Él sonrió, no se lo esperaba. Me empezó a besar el cuello, hasta llegar a mis senos, con ese equilibrio perfecto de ternura, deseo y placer. Volvió a subir hasta mis labios, y empecé a perder mi olor, ahora olía a los dos. Ya no distinguía su aroma ni el mío, todo se puso raro.

